

SUPRACRISTO



PREGÓN. Toledo 1995

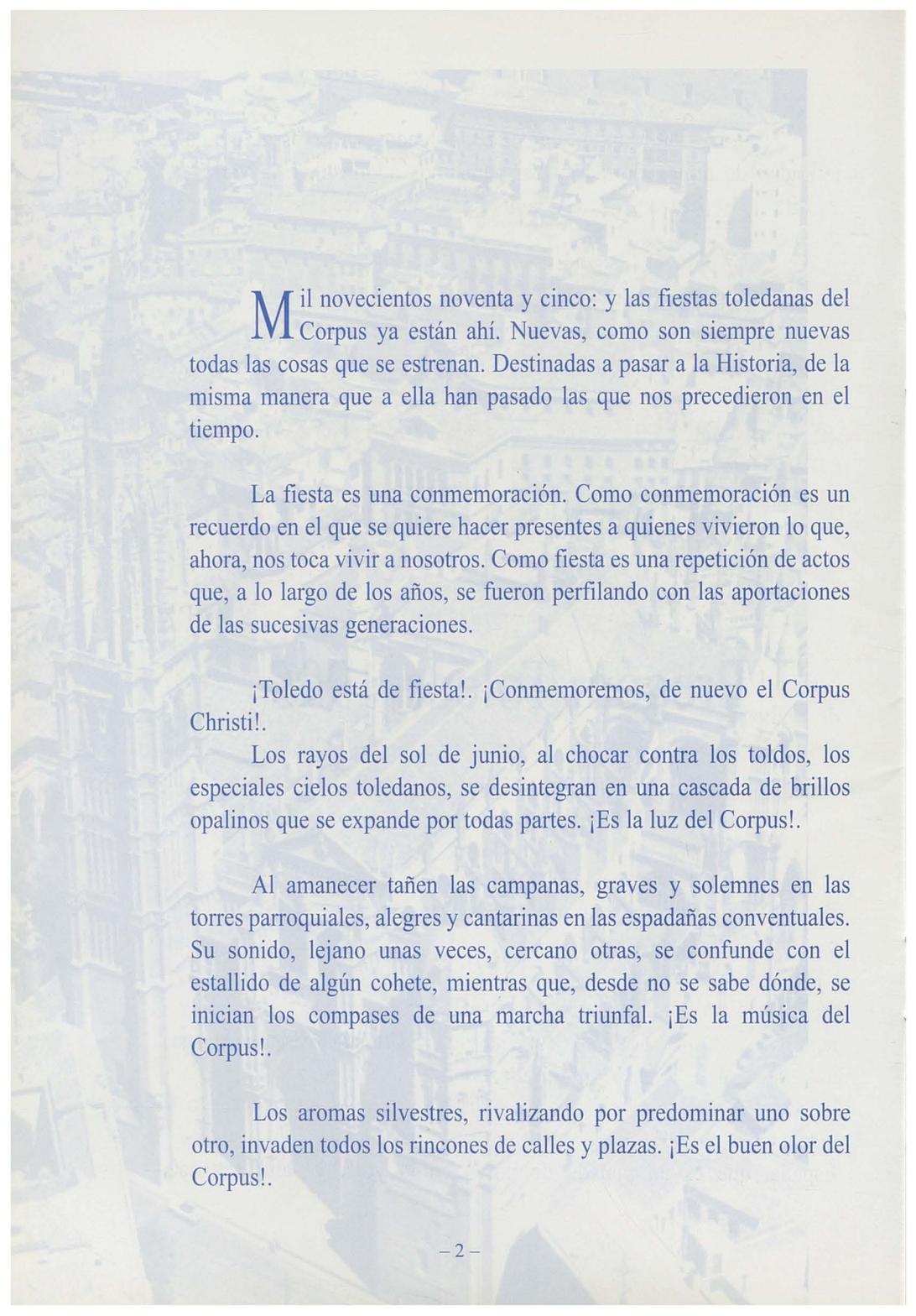
Crisanto Rodríguez-Arango



# CORPUS CHRISTI

Pregón. Toledo 1995

Crisanto Rodríguez-Arango



**M**il novecientos noventa y cinco: y las fiestas toledanas del Corpus ya están ahí. Nuevas, como son siempre nuevas todas las cosas que se estrenan. Destinadas a pasar a la Historia, de la misma manera que a ella han pasado las que nos precedieron en el tiempo.

La fiesta es una conmemoración. Como conmemoración es un recuerdo en el que se quiere hacer presentes a quienes vivieron lo que, ahora, nos toca vivir a nosotros. Como fiesta es una repetición de actos que, a lo largo de los años, se fueron perfilando con las aportaciones de las sucesivas generaciones.

¡Toledo está de fiesta!. ¡Conmemoremos, de nuevo el Corpus Christi!.

Los rayos del sol de junio, al chocar contra los toldos, los especiales cielos toledanos, se desintegran en una cascada de brillos opalinos que se expande por todas partes. ¡Es la luz del Corpus!.

Al amanecer tañen las campanas, graves y solemnes en las torres parroquiales, alegres y cantarinas en las espadañas conventuales. Su sonido, lejano unas veces, cercano otras, se confunde con el estallido de algún cohete, mientras que, desde no se sabe dónde, se inician los compases de una marcha triunfal. ¡Es la música del Corpus!.

Los aromas silvestres, rivalizando por predominar uno sobre otro, invaden todos los rincones de calles y plazas. ¡Es el buen olor del Corpus!.

Mantones de Manila, reposteros, colgaduras, verdes guirnaldas, infinidad de ramos florales y barroquísimos adornos, en la variedad infinita de sus tonos, no dejan ningún hueco libre. ¡Es el color del Corpus!.

¡Todo está preparado!. ¡Todo está listo!.

Desde el campanario de la catedral se nos llama con repiques incesantes. ¡Hay que acercarse a la Puerta Llana!. La procesión va a salir. Y, lentamente, el cortejo inicia su andadura; más que cantar se musitan himnos de alabanza. De pronto, un aplauso cerrado acoge la aparición de la Custodia.

\* \* \* \* \*

Permitidme la licencia y volvamos atrás. Estamos en el Corpus de 1502. Lo presencian los *Reyes de España*: **Isabel**, ya achacosa y víctima de numerosas enfermedades; **Fernando**, en plenitud de facultades políticas y personales, la *princesa Juana*, en los primeros desvaríos de su enamoramiento; y, el *archiduque Felipe*, su marido, complacido tras su jura como príncipe de Castilla, días antes, en el templo mayor toledano.

Preside la procesión Fray **Francisco Jiménez de Cisneros**. Ensimismado, pasan, entrecruzándose en su mente, recuerdos y plegarias. Rememora, al desfilar ante los monarcas, la acérrima enemidad de sus hermanos de hábito, de aquél provincial italiano que, en una audiencia con la Reina, se opuso tenaz e impertinentemente a su nombramiento para la Sede Primada. Nunca olvidaría cómo Isabel, ya indignada ante la feroz oposición del fraile, le preguntó imperiosa: "¿Estáis en vos y sabéis con quién habláis?", a lo que el religioso respondió: "¡Estoy en mí y sé que estoy hablando con la Reina de España, que es un puñado de polvo como yo!", y salió echando

chiribitas, no sin antes escuchar la recriminación de un caballero aragonés que le susurró al oído: "Sí lo que habéis dicho a la noble reina de Castilla en sus propios Estados, se lo dijerais en Aragón, ¡juro a Dios! que os ahorcara con esa cuerda que lleváis ceñida". También recordó la desconfianza y la enemiga con que le trataba el Rey Católico.

Pasó, después, a contemplar la custodia que, a hombros de varios sacerdotes, revestidos para decir misa, era llevada ceremoniosamente por las angostas calles que circundaban la catedral. Era una buena pieza de orfebrería; años antes, alguien había manifestado que era la mejor que había visto en su vida: de plata, con más de 300 marcos de peso y de buena hechura gótica. Sin embargo, para el enaltecimiento de la solemnidad, al Arzobispo le pareció pobre. ¿No tomaría entonces la decisión de enriquecerla costara lo que costase?.

La oportunidad se le presentó al poco tiempo. Muerta la Reina Isabel, por medio del canónigo **Alvar Pérez de Montemayor**, adquiere de su testamentaria el ostensorio elaborado, según el decir de muchos, con el primer oro traído de América. Después, el mismo **Cisneros**, seleccionaría las trazas de una gran custodia presentadas por **Enrique de Arfe**, desestimando las de **Diego Copín de Holanda** y **Juan de Borgoña**. El prelado nunca pudo verla terminada

En esto, unos acordes de los órganos portátiles que flaquean al insólito tabernáculo, dan la entrada a una litúrgica melodía mozárabe, a la que, devotamente, se une el Cardenal de España.

\* \* \* \* \*

**D**obla la procesión por el recodo de la antigua calle de la Tripería y el suave tintineo de las campanillas de plata que

penden del singularísimo viril, denuncian la presencia del Cuerpo de Cristo, ascendiendo levemente por la primera cuesta del recorrido.

¡Quién sabe sí en algún balcón del cielo se asoma, para contemplar el paso del cortejo, **D. Sixto Ramón Parro!**. ¿Qué clase de procesión es ésta, **D. Sixto?**. ¿Es procesión entera con capas, es media procesión, es procesión dominical sin capas o es procesión general con cruces parroquiales?. En su libro "Toledo en la mano", las describe con magistral precisión, como si fuera un consumado liturgista. Lo mismo que hace con la primorosa joya eucarística de Arfe: "Consiste en un templete piramidal, puramente gótico, trabajado con la más increíble prolijidad y con el más exquisito esmero, hasta el punto de que sea imposible sacar dibujo alguno de él, a menos que se hiciera de su mismo tamaño, pues no se puede disminuir la escala en lo más mínimo, sin que se tenga que omitir infinidad de preciosísimos detalles que no alcanzarían a tener cabida en más reducido espacio".

\* \* \* \* \*

**D**e pronto, irrumpe el sol, acariciando con su fuerza a quienes están presentes en la Plaza Mayor y arrancando destellos irisados a la magnífica custodia.

Un grupo de espectadores, situados en las escalinatas del Corral de Comedias, medianero con el Mesón de la Fruta, atrae nuestra atención. Nos acercamos a él e, inmediatamente, advertimos que son cómicos, los actores que, en jornadas precedentes, pusieron en escena los Autos Sacramentales, las alegóricas representaciones con las que un público culto se solazaba e instruía.

En el Corpus de 1561, presenciado por **Felipe II**, se puso en escena uno de **Lope de Rueda**. La compañía contaba con toda clase de elementos, hasta con blancos corderos para representar el auto de la oveja perdida.

En el de 1582, el **Cardenal Quiroga** autorizó a varios actores, toledanos, sevillanos y portugueses, para llevar a las tablas las obras del escritor lusitano **Gil Vicente**, el "*Auto de la Sibila Casandra*" y la "*Barca de la Gloria*". Con ello trataron de festejar la unidad hispano-portuguesa conseguida por el **Rey Prudente**. A quien, por cierto, solían complacerle estas ficciones sacras y la música que las acompañaba. De su estancia, en Toledo, en 1579, dejó escrito su cronista **Luis Cabrera de Córdoba** que "el Rey se sintió feliz en Toledo; jamás cantó, pero la música religiosa le llenaba de gozo y estar a su lado daba alegría y ánimo".

**José de Valdivieso, Lope de Vega, Calderón de la Barca** y muchos más, cultivaron con éxito este género teatral que, en Toledo, tuvo su centro difusor.

Volvamos al grupo de la Plaza Mayor. En el año de 1612 asistió a las fiestas la gran actriz **Francisca Baltasara de los Reyes**, "mujer de gran hermosura y gran cantora", según testimonio de su época. Tan grande fue el impacto que le produjo el auto sacramental de aquel año, al tener que salir a escena, abandonando el pecado y abrazándose al amor de la Eucaristía, que, al poco tiempo, abandonó la compañía para hacer vida retirada en una ermita dedicada a S. Juan Bautista

\* \* \* \* \*

**A**l enfilar la antigua calle de Obra Prima, después Rua Nova y hoy de Martín Gamero, las imponentes estrofas de un himno eucarístico se van paulatinamente contagiando hasta que el coro popular, en unísono melódico, proclama que Dios está aquí.

Es una obviedad adivinar el porqué a **Pérez Galdós** le deleitaba ver ascender a la custodia por este lugar de su carrera. Era uno de los cinco puntos esenciales del trayecto. Lo recuerda **D. Gregorio**

**Marañón**, quien, siendo niño y de la mano de **D. Benito**, comenzó a amar en profundidad esta memorable fiesta. Y, ¿Cómo no recordar lo que **Marañón** dejó escrito en 1952?. "El Corpus es en la Historia de las vicisitudes de Toledo, como un tesoro inviolable. Nada pueden contra su belleza intacta ni las agresiones de la violencia ni el desmayo de la ciudad. Aquella, la violencia, cree estúpidamente que progresar es deshacer. Este, el colectivo desmayo, piensa que las tradiciones gloriosas son un capital heredado que no se agota nunca; siendo así que cada detalle de esta belleza que los otros hicieron y nosotros disfrutamos requiere un cuidado y una pasión de amor, por parte de cada ciudadano, y cada momento de cada día, como si la tuviéramos que volver a crear. El Corpus, por ser algo sobrehumano, se salva y se salvará de ambos peligros, de las malas pasiones y de las letales indiferencias".

¿Verdad que la cita, aunque algo larga, resulta muy oportuna?.

\* \* \* \* \*

**Y**a está el cortejo en la Calle Ancha. Vuelan los pétalos de rosas sobre la sacramental carroza, el buen olor de las hierbas aromáticas se hace más intenso y la oración cantada queda subyaciendo bajo el clamor de los aplausos que son una manera moderna de rezar.

Diríase que aquí, el carácter doméstico, exclusivamente toledano, que ha tenido la procesión en las anteriores calles recorridas, adquiere una dimensión católica y universal. Como universal y católica es la ciudad. "Todo es pequeño en Toledo, menos la visibilidad de Dios en la Tierra", exclama **Vintila Horia** en "*Un sepulcro en el cielo*"; "Dios había creado el sol el cuarto día de la creación y, una vez lo hubo creado, lo colocó directamente sobre Toledo, de modo que la ciudad era más antigua que el resto de la tierra", cuenta **Lion Feuchwanger** a la Judía de Toledo por medio de unos jóvenes admiradores; "desde el borde del Tajo vio la ciudad entera en su colina, empinada en sus piedras grises y

en sus ladrillos sangrientos hasta las cuatro torres del Alcázar. Las murallas la orlaban con su crestería hostil. Se oían campanas. Los ojos subían hacia las nubes grises. Entre las nubes debían estar los Santos y las Divinas Personas de la Gloria", describe Uslar Pietri en "La visita en el tiempo".

Universales son las cuatro grandes esferas que **Mariana de Neoburgo**, esposa de **Carlos II**, regaló a la Catedral Primada, para que, representando a las partes del mundo en su tiempo conocido, adornarán en las mañanas del Corpus esta calle toledana.

Sin embargo, ni lo universal anula lo local, ni lo local pierde protagonismo. Y, precisamente aquí, en esta calle Ancha, cerramos los ojos y retrocedemos al siglo diecisiete para contemplar alguna de las procesiones en él celebradas.

Veremos al escribano de secretos organizando el sacro desfile. Lo abre el cortasogas con algunos menestrales; sigue el pendón de la cofradía de la Santa Caridad y van después los que pertenecen a las hermandades de los "oficios mecánicos": hortelanos, panaderos, cabestreros, zurradores, tintoreros, herreros, tunidores, parailes, zapateros, sastres, armeros y tejedores. Tras ellos, el pertiguero mayor de la catedral, abriendo paso a la cruz magna, donada por el Arzobispo Carrillo y, con ella, las cruces de las veintidós parroquias de la ciudad. Después, casi cien cofradías: a la cabeza, la de los moriscos del Reino de Granada; de seguido, la de la Cruz, de San Sebastián; la del Santo Cristo, de San Justo; la de las Animas y la Paz, de San Lázaro; la del Consuelo, de San Lorenzo; la de Nuestra Señora de los Angeles, de Santa Justa; la de la Piedad, de San Salvador; la de la Esperanza, de San Lucas; y muchas más. El clero regular y secular, el cabildo catedralicio, la gran custodia, el arzobispo oficiante y al frente de las autoridades el Rey o algún miembro de la Casa Real.

Lo universal y lo local, el pasado y el presente, lo inmutable y lo cambiante. Todo ello se da cita en la Calle del Comercio para venerar al Cristo de ayer, de hoy y de siempre.

\* \* \* \* \*

A penas sin darnos cuenta, hemos llegado a Zocodover. Detonaciones como cañonazos nos hacen salir de nuestro ensueño.

En Zocodover el cielo se hace toldo y bajo él, como un farol inmenso, el sol, desafiante y fiero, desplaza a las restantes luminarias.

En Zocodover la custodia es más pequeña y el misterio más grande. ¿El pan es solo pan o se esconde tras él el Sumo Bien, el Dador de la Paz, el Ser Eterno?.

En Zocodover el rito se suspende para ceder su puesto a la palabra y en nuestros oídos, una vez más resuena el eco de las bienaventuranzas, del nuevo, siempre nuevo, mandato del amor fraterno, del mensaje acuciante de una solidaridad querida, pero quebradiza y frágil en cuanto el ego se interpone.

En Zocodover se para la Historia. No hay evocación que valga. Uno se queda solo con su fe o con su tragedia.

\* \* \* \* \*

No sabías que hasta 1928 la procesión no se detenía en Zocodover y, bordeando la plaza, se internaba directamente por la calle de Sillería?. Fue el **Cardenal Segura** quién hizo el cambio. Un número extraordinario de "El Castellano", del siete de junio, así lo anunciaba: "El tradicional recorrido se ampliará este año, pasando la procesión por la plaza de Zocodover, que estará adornada de arcos y

flores durante el día, y profusamente iluminada por la noche". Se solucionó así un antiguo pleito entre el Ayuntamiento y el Cabildo de la Catedral sobre quien tenía la titularidad de los balcones de la plaza para presenciar la lidia de los toros en la corrida vespertina. Además, se celebraba en tales fechas una gran Semana Eucarística.

Por la calle de Sillería, la banda de música emprende la ejecución de una marcha procesional. Sus primeras notas parecen indicar que se trata de la partitura del maestro Jacinto Guerrero, "*El paso de la Custodia*". No sé si se estrenó también aquel año.

\* \* \* \* \*

**E**l cortejo comienza su descenso para alcanzar la calle de los Alfileritos. Por la calle de los Alfileritos, el sol y la custodia parece que juegan al escondite. Tan pronto aquél la deja brillar como un ascua incandescente, como la deja bañada por el tono mate del oro viejo.

¡Calle de los Alfileritos!. ¡Calle de aspiraciones amorosas!  
¿Cuántas toledanas, de otras generaciones, prenderían con la punta de un alfiler el mensaje suplicante de un amor?.

Ellas, las que se fueron y las que están, son protagonistas esenciales de la fiesta. Son ellas, las mujeres, quienes mejor saben permanecer fieles al amor. Y, una fiesta sin amor, no es una fiesta.

\* \* \* \* \*

**S**urge, espléndida, por la plaza de San Vicente, la Cruz de Mendoza. Tras ella, la custodia, manteniendo su vertical esbeltez, asciende una breve cuesta.

Observamos el palenque que ha instalado la Universidad para presenciar el transcurso de la sin par comitiva. Por más que forzamos nuestra curiosidad, tampoco está entre los claustrales el ilustrado **Cardenal Lorenzana**. Si no está allí y no preside la procesión, ¿Dónde se encuentra?

Corre el año 1797. **Carlos IV**, presionado por las intrigas y las maquinaciones de Godoy, había enviado, pocos meses antes del Corpus, al ilustre purpurado a consolar a Pío VI, en Roma, por el cerco que le hacían los ejércitos franceses. En realidad, le había desterrado.

En el Vaticano, asiste con el Papa a las liturgias del Corpus Christi. Al terminar los actos, el Pontífice se dirige al Cardenal y le pregunta: "Eminencia, ¿Os ha gustado la procesión romana?. Es más solemne que la de Toledo". A lo que replicó Lorenzana: "Santidad, porque estáis vos, que si no, no".

\* \* \* \* \*

**P**or la calle de Jardines va a pasear el Señor como por un jardín de flores. ¡Qué bien está adornado siempre este lugar!

¿Cómo no aludir aquí y ahora al más preclaro de los hijos de Toledo?. Me refiero a **Alfonso X**, por antonomasia, *el Sabio*.

Aunque otra cosa se afirme por algunos, en su época, aún no se celebraban los fastuosos cortejos eucarísticos, pero sí se estudiaba, con gran profundidad, la sacralidad del misterio. De su fecunda obra seleccionamos la conocida como "**SETENARIO**". Entre otras cosas, cristianiza aquí a todos los signos del Zodíaco; cada uno de ellos, guarda siete semejanzas con Nuestro Señor Jesucristo. Y reiterando obsesivamente el número siete, analiza los siete sacramentos. Y así como el sol está en medio de los siete planetas y "alumbra igual a las tres que están de suso como a las otras tres que están de yuso", la

Comunión, al ser el cuarto sacramento, derrama su luz igual sobre los tres que le preceden como sobre los tres que le suceden. Y también son siete las cosas que la Santa Iglesia establece para poder hacer el Cuerpo de Cristo, entre ellas, la Hostia: "Pues ésta se consagra y, después que es consagrada por las santas palabras que sobre ella se dicen, luego se torna en carne. Y como quiera que no lo pueden ver ojos mortales, débenlo ver los del corazón y creer firmemente que es así, según Jesucristo dijo por el pan, que era la su carne y el vino, la su sangre".

\* \* \* \* \*

**S**in perder tiempo, vamos a tomar posiciones ante la Iglesia de San Juan para asistir al Corpus que se celebra en 1610. La plaza donde nos situamos ni llevaba el nombre que hoy lleva ni se habían comenzado las obras del templo dedicado a San Ildefonso.

Al tratar de identificar a los religiosos que se integran en las filas del clero regular, puede observarse el lento caminar de un Padre Jesuita, con la coronilla recién abierta, aunque su calvicie la hubiera hecho innecesaria, vestida su sobrepelliz y, en la mano, un gran cirio encendido, todo como mandan los cánones. Es el **Padre Juan de Mariana**, confinado en Toledo por atreverse a sostener una doctrina en la que se especificaban las causas en las que era justo dar muerte a un tirano y por criticar con severidad la política inflacionista de Felipe III. Se había arriesgado, en su opúsculo "sobre la mutación de la moneda", por los difíciles vericuetos de la política monetarista, poniendo de relieve sus perversidades.

Su recia fe sobre la presencia real de Cristo en la Hostia consagrada, le servía de consuelo para enfrentarse a las injustas imputaciones que se le hacían de haber incurrido en delito de lesa majestad. Un poco mas atrás, otro Jesuita, más ágil por más joven, nacido en Toledo, seguía el paso lento de la procesión. Aprendió a

amar el Corpus desde su más tierna edad. Es el **P. Luis de la Palma** En su "*Historia de la Sagrada Pasión, sacada de los Cuatro Evangelios*", narra lo que sigue: "Oh Iglesia Católica, república escogida del Hijo de Dios, pueblo conquistado y ganado con su Sangre. ¡Con qué honra, con que pompa y aparato, con que solemnidad y triunfo, con que aclamación, con que cánticos y alabanzas, con que arcos triunfales, con que aderezos, con que joyas y preseas recibes a tu Rey, que baja victorioso del madero de la cruz!". Catorce años más tarde se publicaría el libro.

\*\*\*\*\*

**E**ntramos por un nuevo itinerario procesional!. Desde 1985, la comitiva se adentra por el toledanísimo barrio de Santo Tomé. Calle de Alfonso XII, calle de Rojas, plaza del Salvador.

¿No os habéis percatado de que en las mañanas del Corpus, el párroco de Santo Tomé da vacaciones a los personajes del Entierro del Conde de Orgaz?.

Sí forzáis un poco vuestra imaginación podréis observarlos, formando grupo, en las proximidades de la casa mejor adornada de la plaza del Salvador. No falta ninguno. Solo el alma del buen Conde se quedó en el templo, en su eterno abrazo con la Esencia Trinitaria.

Allí están los dos frailes, el franciscano y el agustino, en un interminable diálogo sin palabras, y en el que el primero asiente resignadamente a lo que el segundo trata de explicarle con una sinceridad inigualable, subrayada por el fuego de su mirada y la postura de su mano. Les sigue el rostro de **Don Diego de Covarrubias**, Presidente del Consejo de Castilla, jurista eminente y el primero que configuró, para la ciencia política, el concepto de soberanía, aunque no acertó a darle este nombre, sino el de mayoría. A continuación está el

fraile dominico, buscando en las alturas las lógicas razones contundentes que expliquen el suceso. Un grupo de caballeros engolados, alguno con la cruz de la Orden militar de Santiago al pecho, guardan un silencio espeso y trágico. El noble rostro del otro hermano Covarrubias, **Don Antonio**, dirigiendo la vista al centro de la escena.

**S. Esteban**, el primer testigo de la fe cristiana y de la primera Iglesia y **S. Agustín**, el autor de la "*Ciudad de Dios*", aliviados, de momento, esperan a sostener de nuevo el cuerpo yerto y frío. ¿Qué simbolizará este entierro?. ¿No se estará presenciando el enterramiento de la idea imperial de **Carlos V**?. La unidad europea soñada por el César Carlos hubo de morir con él.

\* \* \* \* \*

**P**or la calle de la Trinidad bajan dos mujeres presurosas. Estamos en los años de la ocupación napoleónica. Entre lamentaciones y en voz baja —no vaya a oírlas algún afrancesado—, comentan la poca ilusión que se ha tenido para adornar las calles, después de cuatro años sin salir la procesión. El Santísimo se portará manualmente y bajo palio por un recorrido inusual y recortado. En los primeros días de diciembre de 1808, el cardenal de Toledo, **Don Luis María de Borbón**, y el Cabildo habían sido depuestos de sus cargos por el régimen de José I. En su huida hacia Sevilla se llevaron consigo la custodia de Arfe, las reliquias y otras joyas. ¡Qué hubiera sido de estas y del Cardenal de haberlos atrapado los franceses!

El 20 de enero de 1814 se reintegraban a Toledo los cuerpos de San Eugenio y de Santa Leocadia, la gran custodia y otras alhajas. Fueron depositados en el Hospital de Santa Cruz, con vela del cabildo y, al día siguiente, fue todo trasladado procesionalmente, por las calles profusamente adornadas, a la Catedral. Fue una especie de Corpus. Quizás el más frío de la Historia, pero también el de mayor calor humano. La noticia nos la cuenta fray **Lorenzo Frías**.

\* \* \* \* \*

**R**evuelo de campanas. ¡Que bien voltean por el Arco de Palacio!. Y los tapices enriqueciendo, aún más si cabe, los muros centenarios de la Primada. Y las nubes de incienso, volviendo y revolviendo en continuas espirales sin querer disolverse en el ambiente. Tercamente, se empeñan en dejar su aroma.

Todo se ha confabulado para crear una atmósfera dorada. Es dorado el aire, doradas son las piedras del palacio arzobispal y hasta el polvillo que se levanta al paso del cortejo es como oro molido en suspensión.

Fieles a su cita anual, allí están **Buenaventura de Bagnorea** y **Tomás de Aquino**. Por la limpieza de su pensamiento y por la altura que alcanzaron sus escritos, la Iglesia distinguió al primero con el título de "*Doctor Seráfico*" y al segundo con el de "*Doctor Angélico*". Ambos compusieron un rezo del oficio para el Santísimo Sacramento. Solo conocemos el de **Tomás de Aquino**. **Buenaventura** fue rompiendo el suyo, entre las mangas del hábito, a medida que iba oyendo la lectura de aquél.

La procesión anda entre ángeles. Las voces varoniles de los seminaristas emprenden, en canto gregoriano y en latín, como es de rigor, la inspirada secuencia: "*Lauda Sion Salvatore*".

\* \* \* \* \*

**E**n acto de penúltimo apresuramiento, tratamos de hallar un sitio, en las proximidades del Palacio de Justicia, para despedir a la procesión que ya termina. Desde este lugar, el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos es, sencillamente, maravilloso.

En él concurren todas las estéticas imaginables: la religiosa, la poética, la musical y, como no, la histórica. Todas de acuerdo, ponen un magno colofón al insólito paso por las calles de Toledo del tesoro que encierra la custodia. ¡Tratadle bien, que es hijo de buen Padre!, pedía **Juan de Avila** a los sacerdotes de su tiempo en la celebración de la misa. Toledo, sí que sabe dispensar este buen trato.

Las palabras se empobrecen y los adjetivos se quedan desmayados, cuando, desde el fondo del templo surge, como en un rumor lejano, la armonía de un último himno.

\* \* \* \* \*

**P**or la tarde, toros, verbenas, fuegos artificiales. Todo lo que puede colaborar para una convivencia alegre. ¡Las fiestas van a dar comienzo!.

**¡Queda dicho el pregón!.**

**¡Buenas fiestas a todos!.**



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

